

JESUS NAISO GONZALEZ

LA PESTE



CUADERNOS DE ZARAGOZA

n.º 31

LA PESTE

INTRODUCCION

Este ciclo de conferencias versa sobre la historia de Aragón en la Edad Moderna. Es decir, es un tema regional desde un punto de vista histórico.

El tema regional es de máxima actualidad tanto a nivel europeo como español. Pero además hay que tener en cuenta que la región es no sólo entidad geográfica sino que es desde ella y por encima de ella una realidad histórica. Muchos aspectos actuales de Aragón sólo se explican desde la historia. Así tenemos que en la zona oriental de la península lo regional está perfectamente delimitado en cuanto extensión, capitalidad y conciencia de una realidad regional por encima del hecho comarcal o regional. Todo esto es consecuencia de un pasado histórico muy concreto: los estados de la Corona de Aragón donde Aragón, Cataluña y Valencia tienen unas fronteras, unas instituciones y una capitalidad propia cada uno, pero a la vez están unidos de una forma constitucionalmente indisoluble en un mismo titular de la Corona y en otras instituciones de los diversos reinos: las diputaciones de las cortes respectivas, los municipios de las cortes respectivas e incluso de las sedes arzobispales.

Es este pasado histórico quien nos explica la perfecta regionalización del área oriental de la península y la imperfecta regionalización del resto de España, pues al no haber tenido un pasado histórico continuado como entidades políticas, autónomas y asociadas entre sí, carecen de límites y de capitalidad netas y de una conciencia clara de su regionalidad.

Vemos, pues, cómo una realidad actual es perfectamente explicada por su pasado histórico. En efecto, somos herederos de éste y conocerlo es conocerse un poco más a sí mismo, tanto si se trata del individuo como de una sociedad; Aragón, por tanto, debe mirarse en su historia si quiere saber lo que él mismo es. Es a los historiadores a quienes nos está encomendada esta misión.

Por eso me congratulo con los organizadores de estas conferencias que permiten hacer extensiva al gran público las recientes investigaciones del pasado aragonés y por haber elegido al departamento de Historia Moderna de nuestra Facultad para dar a conocer estas novedades. En efecto, durante la gran expansión hispánica en época de los Austrias, en Aragón parece que nada sucede, que no hay nada digno de ser historiado (hagamos excepción de las alteraciones de Aragón); sin embargo, la vida y la marcha histórica siguió adelante.

Con frecuencia las sociedades más modernas y progresivas son las que más estudian su pasado y quienes más conservan su tesoro artístico, sus archivos su folclore y sus tradiciones... Aragón necesita del pasado para avanzar más expeditamente hacia el porvenir.

Todos los que asistís a estas conferencias sois conscientes de esto y éste es el motivo que os traído a escucharlas.

LA PESTE DE ARAGON DE 1648 A 1654

El tiempo ya está avanzando y vamos a hablar de ella de una forma muy somera.

Esta peste aparece en Valencia en 1647, traída de Argel por un barco. Desde Valencia se traslada hacia Alicante y siguiendo un camino interior y otro costero recorre Murcia y Andalucía. El rígido cordón sanitario instalado en Sierra Morena salvó a la Meseta.

Desde Valencia hacia el norte azota toda Cataluña y el Aragón estricto penetrando también en Francia.

Para Valencia se habla de más de 16.000 víctimas; para Córdoba, 13.700 y para Cataluña la quinta parte de sus pobladores.

Para Aragón de 1648 a 1654 inclusive hubo casos aislados de peste en la frontera con Valencia o con el Bajo Ebro y en algunos puntos interiores del reino (Sarrión, Albalate del Arzobispo, Monforte, Collados, Bea, Alcañiz, etc.).

Hasta este momento la peste parece estar perfectamente controlada y la vertebración de cordones sanitarios en torno a las poblaciones afectadas parecen haber tenido éxito en evitar la generalización de la peste en el reino.

El cerco sanitario no se limitaba a la zona habitada exclusivamente, sino a todo el término municipal o al menos a la zona cultivada. De ahí que los habitantes de un lugar apestado pudieran realizar sus trabajos agrícolas o recoger sus cosechas. Muchos de los habitantes abandonaban el núcleo de población y habitaban las

casas de campo, chozas del término municipal, sin salir de la zon acordonada. Al darse en verano, la situación resultaba más tolerable.

Sin embargo, en 1651, las cosas van a cambiar completamente. Las esperanzas del reino de Aragón de verse sustancialmente libre de la peste se vienen abajo y la peste se extiende ampliamente al norte del Ebro, produciendo gran mortandad, y esto continuará durante 1652, 1653 y 1654.

Precisamente de 1651 a 1654, la coyuntura económica de Aragón es especialmente adversa.

El siglo XVIII es también un siglo de crisis económica para Aragón; la decadencia económica de Aragón no ha sido estudiada; Aragón era un reino pequeño, pobre y subdesarrollado y por tanto con salida de moneda y sin que pudiese canalizar hacia él nada del torrente metalífero de América y sin minas propias.

Como han demostrado los profesores Colás y Salas, el servicio de 144.000 libras que se votó en las Cortes de 1626 estaba por encima de las posibilidades del reino y además contribuyó a acabar de desmonetarizarlo, porque los asientos había que hacerlos fuera del reino. Todo esto cambia en los años cuarenta, cuando la Corte y el ejército castellano residen en Aragón, lo que supone un portillo abierto hacia las monedas castellana y americana; pero este factor positivo de la economía no parece suficiente para paliar otros factores negativos, como los servicios al rey, las devastaciones que las tropas producen en el reino, la pérdida que se da en el reino con la introducción de la moneda perulera, y sobre todo con la crisis agraria producida por los destrozos de los ejércitos, las pérdidas de brazos, la descapitalización del campo y sobre todo las adversas condiciones meteorológicas. La mayor demanda por la presencia de tropas castellanas y de la Corte, junto con el aumento del stock mone-

tario, unido con la crisis agraria, produjo sin duda en los años cuarenta un alza de los artículos alimenticios que futuros trabajos de precios nos tendrán que cuantificar.

Pero, a partir de 1651, el factor positivo desaparece, porque la guerra se aleja del reino y ya el dinero que en Aragón se recoge para pagarla se gasta en Cataluña y así la moneda se va más rápidamente que lo que había llegado.

Es en este momento cuando la peste comienza a extenderse profunda y ampliamente por Aragón.

En 1651, partiendo del Bajo Ebro, se extiende por amplia zona situada al norte del Ebro: Maella, Caspe, Alcubierre, Huesca, Peñaflor, Leciñena, Alcalá de Gurrea, Lupiñén, etc.

En 1652, se desplaza hasta la zona más oriental de Aragón: Perdiguera, Lanaja, Zaragoza, Zuera, Alagón, Muel, Borja, Ainzón, etc.

En 1653, sigue en la zona oriental e inicia el ascenso hacia el Pirineo: Calcena, Ejea de los Caballeros, Luesia, Jaca, Sallent, Pueyo, Otal, Linés, Gistain, Benasque, Cerler, y prácticamente en todo el Pirineo.

En 1654, por más poblaciones del Pirineo, como Tremacastilla, Pintano, Baraguás, Boltaña, Alquézar, y sobre todo la segunda y terrible peste de Jaca.

Según esto vemos que salvo al principio parece que la provincia de Teruel fue la menos afectada, pero no podemos echar mano de la altura para explicar esto, pues el Pirineo no se vio libre de ella.

Tratar algo sobre lo que la peste supuso para estas poblaciones no nos es posible. Vamos a hacer alguna referencia exclusivamente a Zaragoza.

En 1651, la peste llegó a Peñaflor, en las puertas de Zaragoza. El Consejo de ésta teme lo peor, pues se en-

cuentra en tremendas dificultades para abastecer la ciudad; para colmo existen acaparadores del grano, que lo retienen aumentando la sensación de escasez, para intentar subir los precios. Las penas son durísimas, pero el asunto no se arregla. Las autoridades siguen clamando al rey para que se envíe grano de Castilla, pues es el hambre quien produce la peste.

Por ese año se salvará, pero al año siguiente se iniciará inexorablemente.

Es en marzo donde se da el primer caso, que aparece en el mesón de la Portaza, donde solían alojarse las gentes de Lanaja, que por entonces sufría peste. Una vez ahogado este foco, la ciudad creyó verse libre del terrible mal, cuando a los pocos días apareció un nuevo foco contagioso en el barrio de Altabás, al otro lado del Ebro. Como vemos, siempre hacia el norte, junto a la zona donde la peste se halla.

En Altabás, el control de la comunicación no era fácil. A fines de mayo y junio comienzan a darse casos en el interior de la ciudad.

En julio ya no será posible ocultar su presencia a la ciudad, ni al resto del reino, ni a la Corte. Hasta este momento, los médicos habían admitido a principios de junio; el Colegio de Médicos afirmó que se habían extinguido algunos focos de fiebre pestilente, pero no de peste, pero que se habían extinguido, llevando a los afectados al Molino Nuevo. Fiebre pestilente y peste no diferían en los síntomas sino en el grado de contagio y, por tanto, en el número de muertos, que eran más numerosos en la peste.

Oficialmente, nadie dentro de la ciudad recordará ni llamará peste a la epidemia hasta que no esté en trance de extinción.

Pero a partir de julio se reconoce implícitamente, al decir a la Corte que se guarde de ella, y al tomar las medidas oportunas:

Los pobres se distribuyen para su alimentación entre diversos conventos: Santa Engracia, el Carmen, Santo Domingo, la Victoria, San Agustín, San Francisco, San Ildefonso y la Compañía de Jesús.

Las raciones en un principio eran de 2 s. 4 d., para descender luego a 1 s. 8 d. y por fin a 1 s. 4 d. El dinero se obtiene de limosnas, de parroquias, particulares y el resto del municipio.

Lo más curioso es que el número de pobres que se alimentan en los ocho conventos no disminuyen, antes crecen con la peste. La razón puede ser la falta de trabajo y que los más afectados fuesen los campesinos.

En cuanto a los hospitales, el primero que se abrió fue el del Molino Nuevo, situado a más de media legua, en el camino de Villanueva. Sus posibilidades eran modestas, pues no cabían más de 26 enfermos.

El segundo hospital de enfermos que se creó fue el Convento de Trinitarios Descalzos, abierto el 28 de junio de 1652, por la tarde. Estaba emplazado en el antiguo cuartel que existía de María Agustín, y por tanto fuera de las murallas de la ciudad.

Como todo él fue infectado y no había sido bien dispuesto por las prisas se creó definitivamente el gran hospital de enfermos de esta peste en el Convento de Capuchinos, y que comenzó a funcionar entre el 23 y el 30 de julio de 1652. Estaba situado en el solar donde ahora se alza el cuartel de Hernán Cortés. En él trabajaría el cirujano Joseph Esliche, quien hizo un libro sobre ella que ha sido el libro que todos han citado para hablar de esta peste antes de que la nueva aportación documental de mi tesis superó ampliamente las noticias que hasta ahora se tenían. Se hicieron en él 6 grandes salas. Cuando los enfermos no cabían en Capuchinos, se les llevaba con las heridas abiertas al Molino de los Algorines, situado en el campo del Toro.

Como hospital de convalecientes y primera cuarentena se usó la torre de don Felipe de Pomar, al abrirse Trinitarios. Luego resultó insuficiente y se habilitó el Molino del Campo del Toro o de los Algorines (entre el Carmen y el Portillo) y que por tanto tenía enfermos de cama y convalecientes y cuarentenarios convenientemente separados, por ser muy capaz.

Fueron hospitales de convalecientes antes de dejarlos libres la torre de «Pallavicino» y la de Torrero. Esta debía ser también amplia.

En cuanto al número de muertos no es fácil contabilizarlos: Tras diversos cálculos, hemos concluido que los muertos serían entre 6.000 que dice la ciudad y 7.000 que dice Estiche. En otras palabras, una cuarta parte de los habitantes de la ciudad. Proporción bastante inferior a otras como Calcena y Jaca, donde las pérdidas llegan casi a la mitad.

En cuanto a la calidad de las víctimas de la peste de Zaragoza, podemos resumir que la mortandad afectó en su mayoría a la población más modesta, sobre todo del campo, que dadas las circunstancias económicas de Aragón estaban en los últimos niveles de subsistencia (luego la peste no hace más que reducir la población a los recursos); afecta también a todos los estratos de la sociedad zaragozana, aunque en menor grado conforme se asciende en la escala socio-económica.

Las reacciones de la peste son también características:

La Corte y Castilla comenzaron a guardarse cuando la peste está en su cenit. Tardaron en volver a comunicarse con Zaragoza, porque exigieron las máximas seguridades. Es decir, se reacciona tarde para cortar y para comunicar.

Navarra, el lugar más fácil de penetración.

En cuanto el reino se llenó de rumores de la peste de Zaragoza, exagerando generalmente los hechos, desde este momento todos evitan trasladarse a la capital. A principios de julio, las ciudades y poblaciones aragonesas prohíben la comunicación con Zaragoza, seguramente por la avalancha de escapados de esta ciudad que comienza a inundar todo Aragón.

Los ricos abandonaron en gran parte la ciudad en los meses de junio y julio. Es una reacción típica de las clases pudientes y que saben justificarla y que suelen justificarla, porque así la peste tiene menos gente en quien cebar y resulta un alivio para el abasto y sustento de la ciudad.

Sobre la reacción de los que quedan es lástima no tener un cronista que nos narre las diversas reacciones. La documentación más o menos oficial, y sólo tiene breves y escuetas noticias aquí y allá. Todos creen que la peste se debe a la ira de Dios, enojado por los pecados de los hombres. Se cree con frecuencia que es algo mandado directamente por Dios, para castigarlos por sus pecados. Esto, eclesiásticos como fray Jerónimo de San José y el regidor de Gracia, médicos como Becón y Estiche, y autoridades como los jurados y el virrey.

Por tanto se trata de conjurar la ira de Dios expulsando a la «gente facinerosa y ruin, en cuyos castigos suele la divina Justicia envolver a los mismos inocentes» y realizando rogativas, votos, penitencias, etc. Muchas procesiones son públicas, con asistencia de autoridades civiles y eclesiásticas, y con obligación de asistir por lo menos un miembro de cada familia.

La ciudad hizo una especie de voto declarando fiesta perpetua el día de la Concepción y se haga en ese día una procesión al Portillo. Aquí en estos casos no parece que se tuviera muy en cuenta el evitar las aglomeraciones. Se dedican sendas lámparas de plata al Pilar, San Sebastián y San Roque.

Aparte de todas estas prácticas y devociones de tipo público y colectivo se hicieron frecuentes misas, oraciones y devociones privadas en los conventos e iglesias de la ciudad. Una de las devociones más frecuentes en la Seo, consistía en dar vueltas alrededor del sepulcro de San Pedro Arbués y llenarlo de velas.

Por otra parte, además de este sentido de culpabilidad, el abatimiento y la tristeza más profunda se abaten entre los sobrevivientes.

En cuanto a las reacciones de tipo social, la documentación nada dice. Suele ser frecuente un profundo odio social entre los más desheredados contra los poderosos. Las masas trabajadas física y moralmente, desencadenan su odio violentamente contra los que no saben lo que es hambre, aquellos a quienes la misma peste parece respetar. Así se inician los motines y se asaltan las casas señoriales que suelen estar vacías.

Nada de esto se nos dice que ocurriese en Zaragoza. Todas las autoridades civiles y eclesiásticas permanecieron en la ciudad, seguramente se pondrían rondas por la noche, para evitar los saqueos de las casas desocupadas, y todo se canaliza hacia el fervor religioso.

Las consecuencias de la peste de 1648 a 1654 en Aragón, son múltiples y difíciles de cuantificar y calibrar.

En primer lugar, la agricultura se continúa, pero los productos sobrantes como azafrán, corambres, lana, etc., encuentran dificultades para salir, aun después de la purificación y de concederles la comunicación. Las actividades económicas de cara al exterior suelen sufrir una detención que va desde que la peste se inicia hasta que aparece de nuevo el trato. Multitud de ropa de particulares es quemada, y además tienen que pagar la purificación de las casas y del ajuar que se les devuelve, junto con el traslado de éste. Los concejos gastan enor-

mes sumas en disponer hospitales, pagar cirujanos, médicos y otro personal. Como se hallan muy endeudados, se niegan a cargar nuevos censales, a no ser que no haya otro modo de alcanzar dinero. Más tarde recuperan las cantidades mediante sisas y entonces redimen los censales.

Zaragoza echó mano del dinero de la tabla de depósito; así no paga el interés de los censales, que estuvo a punto de echar por tierra el crédito de la ciudad.

En resumen, grandes gastos a particulares y a las corporaciones municipales, e interrupción del comercio en el interior del reino y de cara al exterior, por lo que los sectores más progresivos económicamente son los más afectados.

Generalmente se suele dar (cosa que no hemos podido constatar) una subida de salarios y precios, esto a causa de aquello, fundamentalmente por la disminución de la mano de obra.

Hubo también disminución del área cultivada y del ganado (probado, aunque no cuantificado) para el área de Jaca y del valle de Tena.

La concentración de propiedad en menos manos es también presumible, aunque no se ha hallado el apoyo documental preciso.

La recuperación demográfica tardó en llegar en muchos lugares, e incluso en las parroquias de San Pablo y la Magdalena de Zaragoza. En 1648 no se ha producido aún en todos los lugares, aunque la población de Aragón en su compulso no parece inferior a la de 1650. El motivo es que la causa de la crisis es más general que la peste, que es ante todo un efecto que luego se convierte a su vez en causa. Y que junto a la peste hay otros condicionantes geográficos e históricos y la estructura económica y social, estancada e incapaz de li-

brar la fuerza del trabajo y de asimilar el progreso técnico. Esto cae fuera de lo que se pretendió exponer en esta conferencia.

Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza